

Mónica Maier

MALDITAS
PALABRAS DE AMOR



Copyright

EDICIONES KIWI, 2019
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Primera edición, octubre 2019

© 2019 Mónica Maier
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[UNO](#)

[DOS](#)

[TRES](#)

[CUATRO](#)

[CINCO](#)

[SEIS](#)

[SIETE](#)

[OCHO](#)

[NUEVE](#)

[DIEZ](#)

[ONCE](#)

[DOCE](#)

[TRECE](#)

[CATORCE](#)

[QUINCE](#)

[DIECISÉIS](#)

[DIECISIETE](#)

[DIECIOCHO](#)

[DIECINUEVE](#)

[VEINTE](#)

[VEINTIUNO](#)

[VEINTIDÓS](#)

[VEINTITRÉS](#)

[VEINTICUATRO](#)

[VEINTICINCO](#)

[EPÍLOGO](#)

[Agradecimientos](#)

Para Julio y Diego.

*Cuando no tengas donde ir
solo vete donde de más miedo.
Las cosas que no puedes cambiar
son las mismas que acaban cambiándote luego.
Te echo de menos, de Beret.*

Me pregunto una y otra vez qué nos ha pasado. Cuándo dejamos de ser nosotros y nos convertimos en dos extraños. Amor, tenemos que hablar, con calma, mirándonos a los ojos. Tus ojos. Hoy no los he reconocido. Me pregunto a quién ves tú cuando miras a los míos. Te espero en casa, por favor, cariño, ven... por favor. Te quiero

UNO

Si cierro los ojos todavía puedo verme allí, parada en medio del Starbucks con la taza quemándome las yemas de los dedos y la mirada clavada en la acera de enfrente. Quise girar la cabeza, salir corriendo, borrarlo todo, pero no lo logré; estaba paralizada. Era como mirar un accidente, sabes que no debes hacerlo y, aun así, no lo puedes evitar. En realidad, me sentía igual que si hubiese sido víctima de uno. Los órganos vapuleados, el cerebro confundido, el miedo que lo llena todo. Mientras, ellos se besaban ajenos al estruendo de metal doblándose y cristales rotos.

Los había visto detenerse junto al semáforo. Caminaban agarrados de la mano como cualquier pareja. Me fijé primero en ella. Rubia. Menuda. Con el aire soñador que otorga el amor recién estrenado. Eso fue lo que me llamó la atención. No, no había nada más reconocible en ella para mí. En él sí. Sentí una náusea y, a duras penas, logré no doblarme por la mitad. Él la atrajo hacia su cuerpo y le besó el cabello con ternura. Ella se giró y le rodeó el cuello con los brazos, le acarició la nuca con dedos delicados. Él colocó las manos en su cintura. Se sonrieron con complicidad. Se besaron. El semáforo cambió a color verde para los peatones y entrelazaron de nuevo sus dedos. Pasaron de largo, indiferentes a nada que no fuesen ellos dos, sin escuchar el fragor de mi mundo al romperse en pedazos.

No recuerdo dónde dejé el café o cómo llegué hasta el coche. Si las aceras estaban llenas o me detuve en algún paso de peatones. Las calles podrían haberse abierto ante mis narices y no hubiera quedado registrado en mi memoria. Solo recuerdo la sensación de las lágrimas que me ahogaban mientras trataba de mantenerme a flote aferrada al volante, amparada por la oscuridad de un aparcamiento silencioso. Tan silencioso como la casa que me recibió. Miré a mi alrededor y la sentí hostil. Donde unas horas antes veía

muestras de amor compartido, en ese momento solo encontraba vergüenza, mentira. Me habían expulsado del paraíso de una patada sin necesidad de que mordiese la manzana.

La ira tomó el mando y fue ahí cuando entendí una frase muy manida que dice que del amor al odio hay solo un paso. Porque juro que lo odié. Odié cada sonrisa, caricia y beso dado. Cada pensamiento, fracción de tiempo o energía que le dediqué. La soberbia del que se cree con derecho a cultivar para luego prenderlo todo en llamas, sin importarle las cicatrices que dejará el fuego a su paso.

Cuando Marco llegó a casa, yo ya tenía la maleta hecha. No sé si fue la sorpresa de verse descubierto o un último atisbo de decencia frente a lo que habíamos compartido durante cinco años, pero no tuvo el valor de negarlo. Él, que siempre tenía la palabra adecuada, se sentó a los pies de la cama en silencio. Nuestra cama. El primer mueble que compramos. El único que nos pareció imprescindible. Tres días atrás habíamos hecho el amor en esa misma cama. Sentí rabia, asco y pena. Esa fue nuestra despedida. Sin palabras. El ambiente cargado de las emociones que se escapaban de los ojos y la piel para ir a estrellarse contra el suelo.

Las tres semanas siguientes las pasé de okupa en casa de mis padres, en mi antigua habitación, entre el desconcierto, la incredulidad y la tristeza o, más bien, sumida en un remolino de las tres. Cuando me marché cuatro años atrás, nunca pensé que regresaría con el corazón y la dignidad hechos pedazos. Y a pesar de que me acogieron con los brazos abiertos y toneladas de cariño y pañuelos de papel, no dejé de sentir que daba pasos hacia atrás, que no me encontraba en el lugar correcto. Necesitaba distancia. De Marco. De mí. De todos los lugares comunes que me recordaban lo que ya no éramos. Buscar perspectiva. Necesitaba poder caminar por la calle sin el temor continuo a encontrármelos al doblar una esquina. Un lugar donde la rabia no me acosase en cada acera. Donde nadie me conociese y pudiera enfrentarme a todo lo que estaba ocurrien-

do sin simular una fortaleza que en ese momento no poseía. Donde pudiera llorar, patalear y hasta gritar, si lo necesitaba, sin preocupar a las personas que me quieren y sufren con mi dolor.

Todo eso es lo que me ha traído aquí, a cruzar hasta el otro extremo del mapa. Al lugar más lejano que he encontrado de las brasas que todavía escuecen en la piel. Siempre he estado orgullosa de mi ascendencia madrileña, pero hoy echo de menos el no haber tenido pueblo. Un lugar con sabor a infancia y aromas propios —me imagino el de la chimenea y las galletas recién horneadas— donde refugiarme hasta que decida qué quiero hacer con los restos del naufragio y, sobre todo, me refiero a las cosas materiales que Marco y yo compartíamos en nuestra vida común como el alquiler del piso, la cuenta bancaria y la reserva de las vacaciones en Grecia para el próximo verano. De lo sentimental poco se puede salvar ya. O eso me digo. Aunque me temo que por muy traicionado que se sienta uno, borrar de golpe ciertos sentimientos no es posible. El corazón siempre atiende a sus propias razones.

Un atisbo de color viaja desde el rabillo del ojo a mi atestado cerebro. Resulta curioso cómo, incluso cuando tu vida se cae a pedazos, el mundo real siempre se las apaña para abrirse paso a codazos. La luz encendida del testigo de la reserva me lo recuerda. No sé cuánto tiempo lleva así. La pantalla marca que puedo recorrer veinte kilómetros. Me froto los ojos. Este descontrol, en el que me muevo de puntillas desde hace semanas, no es propio de mí e incrementa una desagradable sensación de ir a la deriva que no recuerdo haber sentido nunca antes.

No me encuentro en una carretera perdida donde no pasa un alma y la cobertura de móvil sea una simple fantasía y, con todo y con eso, empieza a agobiarme el no ver cerca el cartel de ninguna gasolinera. Cantamañanas, idiota, patán, majadero. Insulto a Marco. Más de una vez y de todas las formas que se me ocurren. Los adjetivos empiezan a escasear; se está convirtiendo en una costumbre. Sé que no soluciona, pero sirve de desahogo. Y ya que él es el

culpable de toda esta situación, me parece lo más justo.

En el horizonte, el asfalto se extiende en una línea recta sin final y contengo las ganas de pisar el acelerador a fondo. Quedarme tirada en una carretera desconocida sería la guinda del pastel que coronaría este desastre de día que ha empezado con un chorro helado sobre mi cabeza llena de champú, cuando se ha acabado el agua del termo, del que no he podido reponerme porque no quedaba ni una gota de café en la cafetera y mucho menos en la despensa.

Recorro los siguientes kilómetros despacio, siempre pendiente de la pantalla. Me resultan interminables. Tanto que se me escapa una risita un poco histérica al distinguir a lo lejos la señal con el inequívoco surtidor negro dibujado sobre fondo blanco. Indica una distancia de dos kilómetros. Miro de reojo la aguja del combustible que cabecea peligrosamente a la izquierda. En la pantalla se lee NECESARIO REPOSTAR y juro que nunca en la vida había visto ese mensaje. Mis palmas se humedecen contra el volante. Y no solo las palmas. Sudo cada metro que avanzo como si lo estuviese recorriendo a pie con el coche auestas. Meapilas, canalla, lechuguino, mequetrefe.

El contorno del techado que cobija los surtidores consigue que vuelva a respirar con normalidad. Activo el intermitente derecho y recorro los últimos cien metros con una sonrisa victoriosa que se refleja en el retrovisor. No me considero supersticiosa, pero esta tendencia al desastre empezaba a parecerme una sutil señal que me advertía del resultado de este viaje tan poco propio de mí. Yo que no suelo dejar nada a la improvisación he alquilado una casa, que no he visto más que por fotografías, en un pueblo, vete tú a saber dónde, y me he venido con solo una maleta y una determinación suicida.

Detengo el coche a la altura del primer surtidor del lado derecho y me bajo. Como no llevo dinero en efectivo, el cajero automático no funcionaba —a estas alturas tengo muy claro que mi relación con Murphy no está pasando por su mejor momento—, me dirijo al interior de la gasolinera para pagar antes de repostar, no quiero tentar a la suerte o

a la falta de ella.

Le indico al empleado que me cobre cincuenta euros de diésel y le entrego la tarjeta de crédito. Mientras el hombre trastea con el ordenador, bailoteo inquieta sin quitar los ojos de sus manos, y aguanto la respiración al teclear el código pin. Cuando me indica que ya puedo retirar la tarjeta, le regalo mi sonrisa más luminosa. El hombre me mira raro, creo que piensa que no estoy muy cuerda. Me da igual mientras no suceda ningún contratiempo más.

Pero, al parecer, he cantado victoria demasiado rápido y mis deseos no van a ser atendidos por el momento, porque la sonrisa se me borra en cuanto atravieso la puerta y veo el enorme paragolpes de un todo terreno pegado a mi maletero. Tardo un segundo en reaccionar y salir disparada hacia él.

A medida que me acerco y la distancia disminuye, mi enfado, el que lleva días cocinándose a fuego lento en mi interior, aumenta. No ayuda que el conductor se encuentre sentado tras el volante absorto en la pantalla de su móvil y casi ni pestañee cuando aporreo su cristal ni tampoco que se limite a levantar la vista y observarme a través de la ventanilla, durante los segundos suficientes para dejar de ser educado, antes de decidirse a bajarla. Cuando por fin lo hace, me siento como una olla de vapor a punto de explotar.

—Disculpa, por si no te has dado cuenta tu coche está embistiendo al mío.

Por respuesta solo recibo un parpadeo y un leve arqueado de cejas.

—¿Es que estás sordo? El coche. Tienes que moverlo.
—De forma inconsciente la puntera de mi zapatilla ha comenzado a marcar un ritmo sordo en el suelo.

Como si le costase la vida misma, el tipo mira hacia mi coche y luego a mí de nuevo. ¿Es que hablo en chino? Entre la neblina del enfado, un destello de lucidez se abre paso en mi cabeza. Mirándolo bien, chino no sé, pero español puede que tampoco entienda si tengo en cuenta el pelo rubio y los ojos azules, casi transparentes, que no dejan

de observarme. ¿Será alemán? Con mi suerte, seguro. Un guiri en busca del sol de la Costa Brava. Mierda. Cierro los ojos, suspiro y trato de esbozar algo parecido a una sonrisa.

—*Do you speak english?*

Tras un segundo sus labios se estiran en una sonrisa que me pilla por sorpresa. Y menuda sonrisa. Casi me hace olvidar por un momento que ha golpeado mi coche.

—La verdad es que se me da mejor el español —me responde en un perfecto castellano que me indica que de alemán solo tiene la apariencia.

Los acontecimientos del día se suman unos con otros y hago un esfuerzo por contener la bola de fuego que me sube por la garganta.

—Mueve tu coche. Ya.

—No...

—O lo quitas ahora mismo o llamo a la policía —siseo mientras le taladro con los ojos. Si las miradas matasen supongo que habría caído fulminado a mis pies.

Me encuentro a punto de arder por combustión espontánea cuando mi amenaza parece convencerlo. Con un soplido resignado gira la llave, pone la marcha atrás y se separa. ¡Dos palmos! Estupendo.

Me acerco para decirle bien alto y con todas las letras lo que opino de él, cuando veo que mi coche se desplaza muy despacio hacia atrás hasta topar de nuevo con el suyo. Sin pensar, salgo corriendo, me abalanzo sobre la puerta y tiro del freno de mano.

Todavía derrumbada sobre el asiento con la respiración acelerada, escucho ponerse en marcha el motor del todo terreno. Suspiro y observo con disimulo por el espejo retrovisor cómo se aleja, y rezo en silencio a todos los santos que recuerdo para que siga su camino. Por supuesto, no lo hace. Se detiene a un par de metros de distancia y la puerta del conductor se abre de nuevo.

Si el bochorno fuese manchas me hubiera convertido en un dálmata en este mismo instante. Y puestos a elegir, hubiera dado cualquier cosa por que fuese de peluche. Al menos, así no tendría que enfrentarme a la mirada que no-

to como unos dedos helados sobre mi nuca.

El silencio se estira y se vuelve pegajoso como un algodón de azúcar chupado mientras yo permanezco muy quieta con la esperanza de que el falso guiri me deje por imposible y escuche sus pasos alejarse, pero nada, solo se escucha el trinar de un pájaro. Antes de traspasar el límite del ridículo absoluto me incorporo y salgo del coche. Como me temía, me está observando y, a pesar de mi metro sesenta y ocho, me siento muy pequeñita bajo el escrutinio de sus pupilas. Sin embargo, saco fuerza de flaqueza, rescato el último rastro de mi dignidad y consigo sostenerle la mirada.

—Supongo que debería darte las gracias. —Y quizá también disculparme, pero su expresión burlona provoca que las palabras se me queden atascadas en la garganta.

—Eso sería un buen comienzo.

Nos quedamos callados. Su mirada es demasiado directa y siento que invade mi espacio personal. Pasan los segundos y, al final, soy yo la que se da por vencida y baja los ojos.

—Esto... ¿gracias?

—De nada. —Se muerde el labio inferior en un intento de ocultar su sonrisa, pero no se mueve y continúa observándome.

Me gustaría saber por qué me estudia de esa manera y ya de paso darle un bofetón que le borre esa expresión de listillo, pero lo que hago es inspirar con fuerza.

—Bueno, pues si esto es todo, yo me voy ya.

—Vas a tener que dar parte a tu seguro.

Su voz grave detiene mi huida. Me giro muy despacio, miro su paragolpes impoluto y la mala leche que me lleva rondando todo el día, por fin, encuentra una vía de escape.

—¡Venga, hombre, estás de coña! Si solo tienes una rayita que seguro que no te he hecho yo.

—No lo digo por mi coche —responde sin inmutarse y señala a mi espalda con un gesto de la cabeza.

Sigo la dirección con la mirada y encuentro un des-

conchón con la forma de Italia en la pintura de mi maletero. La situación empieza a ser surrealista. Y bochornosa, muy bochornosa. Aunque a estas alturas mi maltrecha dignidad ya es lo de menos y lo único que quiero es llegar a la casa, meterme en una bañera a rebosar de agua caliente con una botella de vino y olvidarme de este día y de todos los anteriores. Mameluco, soplagaitas, tarugo, zopenco. Y esta vez la retahíla no va dedicada solo a Marco.

—Vale. Mejor lo solucionamos cuanto antes —digo resuelta y vuelvo a sumergirme en el interior de mi vehículo. Abro la guantera y solo encuentro un paquete de pañuelos de papel, un bote de colonia, una agenda con un logotipo de publicidad y ni rastro de los papeles del seguro. Revuelvo un poco más, sin éxito, antes de darme por vencida, abrir la agenda y garabatear en una de las hojas la marca y matrícula del coche, la compañía de seguros en la que tengo la póliza, mi nombre y mi teléfono. El falso guiri no se ha movido ni un milímetro, así que me estiro y se lo tiendo—. Toma son mis datos. Por si quieres arreglar el arañazo —digo con chulería.

Coge el pedazo de papel y se lo guarda en el bolsillo trasero de los pantalones vaqueros sin mirarlo. Mientras yo meto la llave en el contacto se inclina sobre el coche.

—¿No quieres los míos?

Ni siquiera lo miro.

—No, gracias —le respondo con una sonrisa exageradamente empalagosa que estoy segura de que mis ojos contradicen, cierro la puerta y arranco. Según me alejo, levanto la mano a modo de despedida y piso el acelerador todo lo que la seguridad me permite para largarme cuanto antes de esa gasolinera y de la extraña incomodidad que me provocan el tipo del todoterreno y su mirada.